

racional, podrian al fin prevalecer y triunfar en el ánimo de semejantes sugetos; mas dicho *abatimiento* ó *desmayo* en su vida espiritual, parécese al erizo: la aspereza no le ofende ni lastima, la suavidad no le vence y la persuasión le deja en el mismo estado en que le halla, espinoso y esquivo.

SECCION VIII.

Espíritu benedictino.

Pues bien; los defectos de semejante clase de santidad regular y metódica, así como la persuasión de que no existe ningun otro género de vida espiritual más seguro ni sólido, no reconocen otro origen sino la falta de libertad de espíritu:—Allí donde existe la ley del Señor; allí donde se encuentra el Espíritu de Cristo, allí está la libertad. No hay ninguno, que estando plenamente informado de los escritores espirituales de la antigua escuela benedictina, no perciba y admire aquella hermosa libertad de espíritu que penetra y domina en los ánimos de los que componen esa Orden esclarecida: no podia prometerse otra cosa de una Religión

que atesora tan maduras tradiciones como la de San Benito. Así es que nos reportaria grandes ventajas, si poseyésemos más escritos y traslaciones de semejantes recuerdos gloriosos, que aquellos que al presente encierran nuestras bibliotecas: la esclarecida Santa Gertrúdis es su más vivo dechado; la sierva de Dios es enteramente benedictina. Existen tratados enteros acerca de la vida espiritual, que las personas que viven en el mundo, aprenden de memoria, adquiriendo en ellos el convencimiento de que el método que se las propone es un cautiverio, que el intentar simplemente adoptarle, seria una indiscrecion. Segun tales escritos, todo jóven es preciso que sea un medio seminarista; de lo contrario, tiene que abandonar la devocion: toda doncella es menester que sea una especie de semi-monja ó religiosa sin hábito; de otra suerte, debe irremisiblemente desistir de aspirar á ser algo más que aquellas señoritas ó doncellas que la rodean. ¿Quién, pues, no comprende que semejantes doctrinas y documentos espirituales están en oposicion, y no pueden avenirse con el amor divino, con el sabio y discreto amor que espera Jesús de todos y de cada uno de sus hijos los hombres? El convertir el mundo en un vasto convento relajado, no es ciertamente el

camino seguro para defender los derechos y la causa de nuestro Señor dulcísimo. Los métodos de vida espiritual crean el egoísmo y no son otra cosa más que unos mezquinos auxiliares para la piedad real, generosa y duradera. El espíritu de holgura y expansion, el espíritu de libertad, es el espíritu católico, y tal fué el carácter peculiar de los antiguos ascetas benedictinos; la mayor parte de los escritores modernos, por el contrario, han estrechado las sendas de la santidad, y lo que han logrado con semejante conducta, ha sido perder en vez de ganar: por espantar á las gentes con un rigorismo extremado, han hecho que la devoción disminuya sus dominios; y por apretar demasiado, no han conseguido otra cosa más que rebajarla y empobrecerla.

Difícil es hablar convenientemente de la libertad de espíritu, sin que á primera vista no aparezca que al expresarnos de esa suerte, recomendamos la negligencia, patrocinamos la falta de puntualidad y fomentamos la dejadez y el capricho; mas lo que sí podemos hacer sin peligro alguno, es ilustrar el asunto de que al presente estamos ocupándonos, tomando por guía á la misma Santa Gertrúdis. Ofrecenos la Vida de la Santa varios ejemplos acerca del

particular, que pueden considerarse cómo otras tantas muestras ó dechados de su deliciosa libertad de espíritu:—Cuéntase, que jamas llegó Gertrúdis á abstenerse de la sagrada Comunión, por miedo á los peligros en que incurren, según afirmaban sus libros espirituales, aquellos que comulgan indignamente; por el contrario: cuanto más vivamente sentia la siería de Dios sus imperfecciones, tanto mayor era el ansia con que acudia á alimentarse con el Manjar de los Ángeles, sostenida con una viva esperanza y encendido amor de Dios, que consumian sus entrañas. Era asimismo excitada á sentarse á la divina Mesa, por un sentimiento de humildad, que la inducia á mirar como inútiles y que apenas merecian ninguna consideración, todas las buenas obras que hubiera podido ejecutar, y todas las prácticas devotas con que suelen ordinariamente prepararse los hombres, antes de recibir la Comunión; así es que nunca se abstuvo Gertrúdis de comulgar, como acostumbraban á hacerlo no pocas personas, si por cualquier accidente no habia practicado sus ejercicios ordinarios, reputando todos los esfuerzos de la devoción, comparados con la dádiva graciosa que se nos otorga en la Sagrada Eucaristía, cual si fuesen una sola

gota de agua junto á la inmensidad de los mares. No es, pues, extraño que tampoco tuviese demasiado apego á ninguna de sus preparaciones particulares, con que se disponia á recibir el delicioso Bocado de los Ángeles; y que resignada enteramente en los brazos de la condescendencia infinita de Dios, solo se cuidase de participar del Augusto Sacramento del Altar con un corazon abrasado en las llamas del amor divino.

Viajando en cierta ocasion la sierva de Dios, cayó por casualidad desde una altura peligrosa, y llena de gozo, exclamó:—*Oh dulce Salvador mio, qué beneficio tan señalado no hubiera sido para mí, si esta caída me hubiese abreviado el camino que me conduce á Vos, Dueño del alma mia!* Semejante lenguaje causó un pequeño escándalo á algunas de sus compañeras, quienes la dijeron, si no temia morir sin recibir los últimos Sacramentos:—*Desearia ardientemente, las contestó, hermanas mias, ántes de que muera ser fortalecida con los santos Sacramentos; no obstante, abrigo en mi ánimo suficiente valor para preferir la providencia de mi Dios y Señor á todos los Sacramentos de la Iglesia, y creo que semejante socorro es la mejor preparacion para la*

muerte; así es que me es indiferente que mi muerte sea lenta ó repentina, siempre que sea agradable en la presencia de Aquel en cuyo seno confío que me ha de conducir; pues espero, como quiera que muera, hallar aparejada á la misericordia divina para recibirme en sus brazos, sin cuyo auxilio me perderia eternamente, por larga que fuese la preparacion que hubiera hecho para disponerme á morir en olor de santidad.

Refiérese igualmente, que cierta persona piadosa habia estado pidiendo á Dios, durante mucho tiempo y con las más vivas instancias, una gracia particular, que al Señor no le plugo otorgársela, accediendo benigno á sus ruegos, por cuyo motivo cayó semejante persona en un estado de peligroso abatimiento; hasta que al fin tuvo Dios la dignacion de hablarla de esta manera:—*He dilatado el acceder á tu demanda, por que no tienes bastante confianza en los efectos que mi misericordia produce en tu persona: debias haber imitado la conducta de mi querida virgen Gertrúdis, quien confia tan firmemente en mi providencia, que no hay cosa alguna que no espere de la plenitud de mi gracia, y así es que nunca puedo negarla nada de cuanto me pide.*

Otra prueba característica del espíritu de Gertrúdis, nos la ofrece la siguiente costumbre que observaba la sierva de Dios:—Jamás llegó la Santa á elegir el hábito que habia de vestir ni cosa alguna que dependiese de su elección; sino que cerraba los ojos, tendía la mano y tomaba lo primero que tropezaba. Una vez ya en su poder, considerábalo cómo un rico presente que la habia venido de las manos del mismo Dios, llegando á cobrarlo una afición tal, que en lo sucesivo, dejaba ya de ser para ella asunto de indiferencia, como ántes lo habia sido: pensad, siquiera un breve rato, acerca de semejante conducta, que puede grandemente aprovecharnos para corregir nuestra obstinacion y réctificar nuestras ideas relativas á la santa indiferencia.

Traslademos aquí una breve pintura de la vida de Santa Gertrúdis:—Estando un dia Santa Mectilde cantando en el coro, vió á Jesucristo sentado sobre un trono elevado, y á Gertrúdis paseando arriba y abajo delante de Él sin apartar sus ojos del rostro glorioso del Redentor, pareciéndola que iba la sierva de Dios, al propio tiempo y en cada paseo que daba, afanosamente ocupada en un sinnúmero de deberes exteriores. Hallándose Mectilde como

enagenada, contemplando semejante vision, oyó al Señor que decia:—«Hé aquí el vivo retrato de la vida que mi querida Gertrúdis lleva delante de mis ojos: continuamente está caminando delante de mi presencia soberana: no otorga ningun descanso á sus deseos ni treguas á sus anhelos, para ver de descubrir aquello que es más agradable á mi voluntad; y tan luego como ha dado con ello, ejecútalo en seguida con exquisito cuidado y fidelidad. Pero lo más admirable es, que no se contenta con eso solamente: luego pasa á otro ejercicio, buscando siempre alguna cosa nueva, agradable á mi voluntad, para de esta suerte redoblar su celo con nuevas acciones y nuevas prácticas de virtud; así es que toda su vida no es más que una cadena no interrumpida de alabanzas consagradas á mi mayor honra y gloria.» Ocurrióla al punto á Santa Mectilde las flaquezas propias de una piedad activa y celosa, que ella creía haber notado en su querida hermana Gertrúdis; y se aventuró á dirigirle las siguientes palabras:—«Pero, Señor, si tan perfecta es la vida de Gertrúdis, ¿cómo es que no puede sufrir los defectos de los demas, y por qué los exagera con tanto encarecimiento?» Nuestro Salvador dulcísimo, con una benignidad admi-

able, tuvo entónces la dignacion de responderla de esta manera:—«Como Gertrúdis, hija mia, no puede sufrir en su corazon la más lijera mancha, hé ahí por qué siente tan vivamente las faltas é imperfecciones de sus prójimos.» Un volumen casi entero de coméntarios espirituales podria escribirse acerca de estas últimas y breves palabras que brotaron de los labios de nuestro divino Redentor.

Aun hay más todavía: oigamos cómo se expresa el mismo Dios:—Cierta persona piadosa obligó al Señor con oraciones á que la declarase, cuál era aquello en que su divina Majestad recibia mayor placer en su amada Gertrúdis; y nuestro Dios y Señor se sirvió replicarla, que su mayor complacencia la tenia en la libertad de espíritu de su esposa querida. El santo varon, que habia tenido en ménos estimacion de lo que se merecia la excelencia de semejante dádiva graciosa, contestó sorprendido:—«Yo creia, Señor, que lo que más os agradaba en el alma de Gertrúdis era el perfecto conocimiento de sí misma, y aquel abrasado amor que con vuestros auxilios llega á profesaros.»—«Ciertamente, respondióle nuestro Señor, que el propio conocimiento y amor que me tiene, son dos grandes perfecciones;

pero la libertad de espíritu implica una y otra, y es un don tan precioso, un bien tan excelente y perfecto, que es bastante para elevar un alma á la cumbre de la santidad. Semejante libertad de espíritu dispone el corazon de Gertrúdis á recibir en cada momento de su vida algun nuevo beneficio de mis liberales manos, y la que impide que su voluntad llegue á cobrar aficion á cosa alguna que pueda desagradarme ó disputar conmigo el imperio del amor de mi hija querida.

Tal fué Santa Gertrúdis, la Santa por excelencia de las Alabanzas y Deseos piadosos. ¡Ojalá, pues, que volviese á ser en la Iglesia de Dios lo que fué en los siglos pasados, la doctora y profetisa de la vida interior, á semejanza de Débora, que sentada bajo la palma, en el monte Efrain, estaba cantando sus canciones y juzgando á Israel!

Habiendo ya dicho lo bastante acerca del escaso fruto que alcanzan las personas que viven en el mundo y aspiran á la devoción; aunque no esté necesariamente enlazado con mi asunto, no puedo abstenerme de añadir unas cuantas palabras más:—Dicese, que despues que Dios cerró el jardin del Eden y le ocultó á nuestras curiosas miradas, no ha habido nada que

se parezca tanto á un paraíso terrenal como un noviciado de jesuitas; mas el mundo ¡ay! no puede trocarse en un lugar semejante. En el mundo, ciertamente, deben tratar los hombres de llevar una vida angelical, pero no en el retiro apacible y delicioso de Sant Andrea, donde se respira el aire puro de la santidad; sino en medio de las distracciones de la vida bulliciosa que les rodea: hacer del mundo un claustro, en que podamos pasar la vida, seria lo mismo que encerrarnos con el mundo en nuestras celdas, sin apercibirnos de la sospechosa compañía que nos habíamos echado; y así es que el intentar llevar vida de religioso en medio del mundo, por una especie de falsa aplicacion del monasticismo á la vida secular, es una de las razones de que sean tantas las personas virtuosas que desfallecen en las resoluciones que tomaron para llegar á ser mejores de lo que son.

Pero hay todavía otra razon: la vida contemplativa es una cosa, y otra la vida activa; y cada una de ellas lleva consigo su propio séquito y respectivos cortejos, consistiendo el secreto del suceso en el verdadero deslinde de ambas, no ménos que en la consecuencia que uno debe observar consigo mismo, segun la vo-

cacion que ha recibido de Dios. Ahora bien; á excepcion de unas cuantas vocaciones singulares, muy pocas ciertamente, las personas devotas que viven en medio del mundo, están llamadas á vivir una vida activa. Pero hay en esto un error en que semejantes sujetos suelen constantemente caer: desvivense por hacer su vida espiritual toda interior, al propio tiempo que están consagrandolo al mundo toda su vida activa; trocándola, en su consecuencia, en una vida esencialmente mundana, á semejanza de los Metodistas, quienes guardan el Sábado por religion, ofreciendo al servicio del mundo todos los otros dias de la semana. Semejantes personas piadosas no llevan por lo mismo ninguna vida activa cristiana, y así no es extraño que exista un completo desacuerdo entre sus oraciones y asistencias á la Iglesia, y las diversiones y placeres á que suelen entregarse; llegando al fin la devocion á ocupar la peor parte, abdicando sus derechos por medio de un convenio ménos honroso. Ó en otros términos, lector amado, sospecho,—entiéndase bien que digo solamente *sospecho*; porque sé perfectamente que en la ciencia espiritual no tengo otro derecho más que para la sospecha;—sospecho, repito, que no es posible llevemos una vida devota en

el mundo, sin alguna vigilancia activa en favor del pobre: el visitar á los enfermos, mirar por las escuelas, asistir á los hospitales, consolar á los encarcelados, interesarse por los niños expósitos, socorrer á los emigrados y desvalidos, procurar el alimento conveniente á los hambrientos; hé aquí, segun yo sospecho, en lo que consiste el secreto de la perfeccion y de la perseverancia de la devocion en el mundo. El vivir tres horas al dia en el mundo una vida interior contemplativa, es, en efecto, una cosa grandemente gloriosa; pero ya comprendéis que semejante género de vida, por desgracia, no es de fácil duracion. Pues bien; siendo esto así, ¿no tendré yo razon para sostener, que el consagrar á Dios toda vuestra vida interior, ofreciendo al mundo toda la exterior, es una distribucion ilegítima y muy perjudicial á vuestras almas; y que si los ricos han de aspirar á la santidad, tienen, ora que despojarse de todas sus riquezas y encerrarse en un cláustro ó entrar en el sacerdocio; ora trabajar con sus propias manos en favor de sus prójimos y convertirse en compañeros de los pobres?

No ignorais que vuestra vida cristiana se compone de Misa, Comunión, meditacion, exámen de conciencia, ciertas ligeras austeridades

y otras prácticas por el estilo; y todo esto es en sí mismo, más ó ménos, asunto propio de la vida contemplativa. Es ciertamente un ejercicio excelentísimo; pero vosotros, bien lo sabeis, estais llamados á ejercitaros en alguna otra cosa más, en una vida activa cristiana, en el apostolado de los ricos, que consiste en obras asiduas y afectuosas de misericordia para con el pobre. Tended sino vuestra vista por todos los países católicos donde tanto abunda la CLASE MEDIA de personas virtuosas, tan fecundas en buenas obras y tan graciosas en la hermosura espiritual que las engalana, y vereis cómo el secreto de los encantos y embelesos que exornan su santidad consiste en esta esclarecida y gloriosa actividad en favor del pobre. Cuando salís de la oracion ó abandonais la Iglesia, no podeis sin incurrir en la nota de singulares llevar con vosotros á la sociedad vuestro recogimiento interior; y además de eso, no ignorais que la oracion es cómo una flor delicada prendida en el alma, que el aire cálido que reina en los parajes del mundo llega luego á marchitar; pero si salís de la bohardilla ó del hospital, de las cárceles ó de los sótanos, entónces os hallais rodeados de una atmósfera encantadora, especie de armadura celestial que embo-

ta y despunta las flechas ponzoñosas que el mundo arroja contra vosotros. Y no haya miedo que semejante atmósfera llegue luego á desvanecerse: las risas no la disipan, la palabrería no la quita la frescura, ni la chismografía puede deshacerla, como sucede con la flor exótica de la oración. Allí donde se encuentre el mundo, allí hay un peligro para el alma; mientras que, por el contrario, difícilmente exista alegría, fausto, deleite, pompa ó moda mundana, que una misericordia activa en favor del pobre no pueda despojar de todos los peligros que envuelven semejantes objetos, y aun santificarlos. No abriguéis, pues, vosotros quienes vivís en medio del mundo, ningún género de duda de que la misericordia se confunde en vuestra persona con la perseverancia, y que el contacto con el pobre es la real presencia de vuestro Dios y Señor.

Es, ciertamente, un prodigio no pequeño, el que Dios haya tenido la dignación de amar á los hombres, pues que ninguna cualidad natural existe en ellos que pueda ser objeto del amor divino. ¡Cuán miserables, en efecto, no aparecemos al comparar nuestros dones de naturaleza con aquellos que engalanan al último de los Ángeles, y cuán confundidos no debemos quedar, viendo que los animales llenan

el fin de su creación con más fidelidad que nosotros! Además, repetidas veces Dios ha probado la fidelidad de los hombres, y siempre ¡ay! le han faltado, y faltado, concurriendo todas las circunstancias del más abominable egoísmo que pueda concebirse. Ofrécesenos, primeramente, el paraíso y la caída original: ninguno ignora lo que acaeció en aquel lugar de delicias; allí llegó Dios á ser puesto en competencia con una manzana, llevándose esta la preferencia. El diluvio fué, si, un castigo espantoso, mas acompañado de la divina misericordia; con todo, pronto llegamos á encontrar el conocimiento de Dios casi reducido á una sola familia y á una línea única de los patriarcas. Vinieron luego después los judíos, y la paciencia de Job apenas es una pintura de los largos sufrimientos que Dios tuvo que padecer con su pueblo: les colmó de beneficios, y ellos le despreciaron; les castigó, y ellos endurecieron su corazón; les envió á su Hijo, y le crucificaron; y los Romanos llegaron á apoderarse de su suelo y nación, incendiando y arrasando la ciudad y el templo.

Contemplemos ahora la tierra, después que ha tenido lugar la crucifixión del Señor: Si examináis atentamente el mundo, direis que